

MIRET MAGDALENA

COMENTARIOS INDEPENDIENTES (I)

Leyendo la prensa extranjera se aprecian las casi unánimes reacciones críticas contra la encíclica *Humanae Vitae*, y en ella han escrito muchos católicos adoptando esta postura inconformista, como el catedrático católico Carlo Bo, rector de Universidad.

En los púlpitos de todo el mundo los sacerdotes han estado moderados, y han adoptado generalmente una de estas dos posturas: o se han limitado a transcribir las palabras de la encíclica, o no han dicho nada. Los extremistas —de uno u otro sentido— han sido pocos, hablando en las iglesias.

Las revistas religiosas han adoptado una postura cauta por lo general. El ejemplo más expresivo es el del periódico *La Croix*, que ha publicado tres artículos moderados del Padre Martelet, desarrollando las partes positivas del documento pontificio, y adoptando una postura comprensiva en la práctica, ante los casos de conflicto grave de los matrimonios.

Donde mayor reacción se ha notado ha sido en los países anglosajones. Norteamérica en particular se ha llevado la palma en la publicidad que ha dado a las actitudes críticas. Sin embargo, en este país hasta el momento presente no ha habido ninguna sanción disciplinar contra los sacerdotes que han disendido públicamente de la encíclica.

En Inglaterra las cosas han transcurrido más dramáticamente. Varios sacerdotes han sido sancionados en alguna manera por sus Obispos condenando su actitud. El más duro ha sido el Arzobispo Cowderoy, que ha publicado una dura pastoral que sus propios sacerdotes han calificado de estar redactada en «un lenguaje inaceptable y con frases ofensivas». Sin embargo, los demás Obispos, aceptando la encíclica, se han abstenido de utilizar un lenguaje duro. Pero lo más interesante es que más de tres mil católicos fueron el día 17 de agosto a la catedral de Westminster, en Londres, para hacer oración con el fin de que la Jerarquía comprenda mejor los problemas de los matrimonios. Esta acción, que no es de rebeldía, sino una actitud religiosa llena de respeto en su inconformidad, se ha tenido también en otras siete catedrales de Inglaterra y del país de Gales.

Sin embargo, la condenación de alguno de estos sacerdotes en Inglaterra se ha realizado de una manera nueva: por lo general los Obispos les han dado unas vacaciones a los sacerdotes que adoptaban una actitud pública de disconformidad, sin que hubiera sanción canónica alguna contra ellos.

El problema de la actuación pública en la Iglesia es, hoy por hoy todavía, distinto para un sacerdote y para un seglar. Este último se puede permitir, por lo general, una actitud más clara, aunque ya hay atisbos de que en algunos países también el clero se ha sentido obligado a manifestar públicamente su opinión. Ejemplo de ello son los cuatrocientos cincuenta profesores católicos de teología, filosofía o derecho canónico, en Centros Universitarios de Estados Unidos, adheridos públicamente al documento del Padre Curran, adoptando una actitud crítica con la encíclica. Igual que ha ocurrido en Alemania, donde seiscientos eclesiásticos católicos han expresado a la Asamblea Episcopal su dificultad para seguir todos y cada uno de los detalles de la *Humanae Vitae* en su acción pastoral.

En Alemania los Obispos se han reunido para estudiar las normas que deben dar a sus fieles y sacerdotes a propósito del documento pontificio. Otros Obispos anglosajones también han convocado reuniones de laicos y eclesiásticos para discutir la encíclica y los problemas prácticos que entraña.

Está ocurriendo lo que preveía el teólogo Otto Semmelroth, S. J., hace unos años, que afirmó: «Tampoco se podrá decir mucho en contra de que la crítica, incluso la crítica de la Iglesia, se ejerza a la luz de la publicidad... Es preciso que la Iglesia se convierta en objeto de pública discusión: no puede ser de otra manera».

Nuestros tiempos ya no son los del siglo XIX y ni siquiera los anteriores al Concilio Vaticano II: todo el mundo puede lamentar las reacciones exageradas o violentas —en un sentido o en otro—, como también se pueden lamentar los desajustes en algunas de estas posturas de disconformidad; pero es necesario acostumbrarse a ver como cosa normal, en la Iglesia, estas actitudes que van creando la opinión pública, y corresponden a la «co-responsabilidad» de todos los católicos en la marcha de su propio grupo religioso.

Ha sido interesante saber que —como ha descubierto el Cardenal Heenan— la casi totalidad de la Comisión Pontificia de Natalidad estaba en una postura más abierta que el Papa, y es interesante conocer que de los veinte teólogos que en ella había solamente cuatro se opusieron a la postura abierta; pero en algunos aspectos incluso la postura de la *Humanae Vitae* ha sido, en lo concreto, algo más cerrada que la actitud de estos cuatro teólogos más conservadores.

A todos choca también que el Papa haya escrito este documento dejándose impresionar excesivamente por las posturas conservadoras. Se sabe que en diciembre último el Papa había seleccionado a tres teólogos contrarios a la postura abierta para que le redactasen el proyecto final, el cual se conservó casi literalmente. Según la revista *Time*, los tres redactores finales fueron: el Cardenal Ottaviani, de todos bien conocido por su postura cerrada; el Arzobispo Monseñor Philippe, Secretario de la Congregación que ha sustituido al antiguo Santo Oficio y hombre conocido por sus posturas conservadoras, y, por último, el consejero personal de Pablo VI, Monseñor Carlo Colombo, muy cerrado en este tipo de cuestiones.

Hay muchos que se preguntan para qué aceptó entonces Pablo VI la Comisión de Expertos sobre Natalidad que había nombrado el Papa Juan XXIII, si luego no ha tenido en cuenta las decisiones finales de la misma, adoptadas por setenta votos contra catorce, en sentido amplio, acerca del problema de la contra-concepción. También se preguntan muchos católicos cómo no se trató este asunto en el Concilio y se retiró del mismo su discusión, cuando las principales figuras del mismo se habían manifestado en contra de la postura cerrada en esta materia. También se preguntan cómo es posible que el Papa no haya tenido más en cuenta la intervención de última hora de su amigo el Cardenal Suenens, hombre moderado pero realista, y del Cardenal Koenig, quienes le pidieron que no publicase este documento, porque consideraban que no era adecuado al cerrar demasiado los caminos que prácticamente estaban ya abiertos en la Iglesia y tolerados públicamente después del Concilio.

Pero los dos testimonios más impresionantes han sido el del jesuita alemán Karl Rahner, que todos sabemos es el más profundo teólogo católico, hombre de toda confianza de Pablo VI y uno de los principales fautores del Concilio Vaticano II, quien ha afirmado que estaba «asombrado» de que el Papa hubiera ido en contra de la opinión de los especialistas de su propia Comisión Pontificia, y añadiendo «que se puede ser de otra opinión» que la mantenida por la encíclica. Tan grave ha sido la cosa que se sabe que Pablo VI ha llamado a Roma personalmente a Rahner para consultar con él la situación después de la publicación del documento.

El segundo testimonio sorprendente ha sido el del moderado Padre Bernard Häring, el mejor moralista que hay actualmente en la Iglesia católica, hombre sumamente equilibrado y también consejero y amigo personal del Papa. Este prudente religioso acaba de firmar el documento de los cuatrocientos cincuenta profesores católicos norteamericanos antes indicado, y además ha escrito unas declaraciones para la revista católica *The National Catholic Reporter* expresando su extrañeza por la encíclica y por la forma como había sido tramitada su redacción y su publicación, sin pedir un consenso más amplio de toda la Iglesia y de todos los Obispos. No nos olvidemos que el asunto de la natalidad es uno de los más graves que tiene el mundo hoy en día y que más afecta al Tercer Mundo, y en general a los hombres y mujeres que sufren de una situación económica débil. Por eso es sumamente extraño que después de haber afirmado el Papa y el Concilio la «co-responsabilidad» del pueblo católico en la marcha de la Iglesia, no se tenga para nada en cuenta en un asunto tan grave y que tanto afecta a ese mismo pueblo cristiano. Es sorprendente que para cuestiones en donde la infalibilidad está en juego los Papas hayan consultado siempre el sentir de la fe de los fieles —como ocurrió con los dogmas de la Inmaculada Concepción y Asunción de María—, y para un asunto en que no entra la infalibilidad de por medio, como es éste, y por lo tanto sujeto a error, para nada se tenga en cuenta este consenso necesario anterior al dar una enseñanza tan importante.

Esta es la postura de estos dos afamados teólogos católicos, y la misma que yo, como seglar, mantengo.